Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Programa de Doctorado en Psicología
Curso: Ética y Psicología
Dirigido a: Prof. Cristóbal Holzapfel

Técnica psicoanalítica y Disposición al retiro de las valoraciones

Por: Francisco J. Reiter Barros
12 de agosto de 2011

Siempre resulta, a mi parecer, una tarea difícil introducir las ideas que se quiere presentar mediante algunas palabras iniciales; desde luego, no rehuiré a ello. Antes de desarrollar las dos o tres ideas que contendrán estas páginas, me ha estado rondado por la cabeza el nombre del curso: "Ética y Psicología". Por lo pronto, uno divisa cierto conflicto en dicho nombre, dado que éticas y psicologías las hay múltiples. Entonces, se ve el que escribe sometido a hacer una primera elección: ¿de qué ética y de qué psicología se hablará, cuando hablemos de "ética" y "psicología"? Omitiendo, por razones materiales y de capacidad, una definición de lo que sería cada una, hago explícita la elecciones sobre cuáles ética y psicología hablaré: por una parte, la ética *negativa*, tal como es articulada por el Prof. Holzapfel (2000); por la otra, la psicología psicoanalítica, particularmente desde la orientación freudiana.

La razón para esta "juntura" se organiza en función de dos elementos particulares, cada uno perteneciente a cada una de las dos columnas que sostienen este escrito. En la primera de ellas, la ética negativa, ubicamos como elemento común a las principales expresiones históricas la posibilidad de prescindir o de poner en suspenso las *valoraciones* que caracterizan -tal vez muy "naturalizadamente"- a un juicio moral; en la segunda, el psicoanálisis, es posible dibujar una ética particular en función de la observación de determinadas reglas técnicas, aplicadas al análisis.

Pero, en la consideración del nombre de este curso, dejamos caído un elemento, y sea quizás aquel que mejor nos oriente, dada su función articuladora. Ética "y" Psicología. Obviedades aparte, sin la "y" es difícil justificar la conjunción entre aquellas dos perspectivas que he elegido para hilar algunas ideas, de las que si no espero brillo ni novedad, sí al menos pretendo hacerlas transmisibles. Es que, más allá de la discusión acerca de si la ética debiese ser un aspecto entre otros a considerar cuando se habla de psicología, o bien, si la práctica de ésta es, de hecho, una forma particular de ética –posición con la que tengo mayor cercanía-, es necesario pensar cómo se establecen, en términos concretos, las relaciones entre ambos campos. Por eso mismo he determinado de la manera que lo hice la especificidad de los elementos que integraré. Tanto la propuesta de una ética negativa como las consideraciones técnicas del psicoanálisis me han permitido pensar de manera concreta, *cotidiana* las problemáticas concernientes a las relaciones entre la ética y la psicología. Desde luego, este escrito no pretende más que hacer las veces de puente, apuntando ciertas similitudes o puntos de encuentro bien específicos entre ambos campos; por lo que su objetivo es más bien humilde y de alcance muy limitado.

Por último, opto por estas dos dimensiones específicas porque, para vacar a medias la razón suficiente, y para recordar las palabras finales del Prof. Holzapfel en "Aventura Ética" (2000), hablar tanto de ética negativa como de psicoanálisis va acompañado, para mí, de cierta cuota de placer.

Ética Negativa. Propuesta de una suspensión del juico

Haremos una revisión general y sucinta acerca del primer aspecto: la ética negativa. La ética negativa, tal como es presentada por Holzapfel (2000), y si he logrado dar adecuadamente con sus ideas, se centra en la posibilidad de poner en discusión la preeminencia única de los *valores* y *valoraciones* en el registro ético, ubicados del lado de

una ética llamada “afirmativa”. Desde luego, la intención de la propuesta no es oponer la una a la otra, si no comprenderlas como dos tipos de ética que pueden subsistir conjuntamente; lo que supone, de nuestra parte una *actitud por contraste* (Holzapfel, 2000). En palabras del autor:

> “Cómo no reconocer que el ser humano tiene la necesidad de ambos tipos de ética. Por una parte, una que le da respuestas claras a su quehacer, pero que conlleva por ello mismo cierta limitación, al proponer un solo camino a seguir, y, por la contraparte, otra que se atreve a ponerlo todo en discusión, y se aventura hacia nuevas posibilidades.” (op. cit., p.15)

La ética negativa, problematizada por Holzapfel (2000), es aquella que guarda relación con el ser. Así, la relación ética del ser humano con el ser de las cosas del mundo y del universo, que debe comprenderse como una corriente, un *flujo*, implica que aquél aplicará *valoraciones* sobre lo que es bueno y malo en esas mismas cosas, olvidando el hecho de que lo “bueno” y lo “malo” refieren al orden de las valoraciones mismas, que remiten, a su vez, a los valores, organizados en escalas valóricas, y no al ser mismo de las cosas. Es posible, entonces, notar que muy a menudo el ser humano queda como “fijado” a las valoraciones que levanta sobre el discurrir continuo. Ello nos permitirá establecer un nuevo puente con las consideraciones de la clínica psicoanalítica acerca del enfermar. Esta forma de relacionarse con el mundo es propia de lo que daríamos en llamar con el autor la *ética afirmativa*; es ella la forma más característica asumida por las elaboraciones occidentales sobre la ética. Su contraste, pues, estaría determinado por una disposición al retiro de las valoraciones, que permitirían considerar de manera más “justa” al ser, habilitando que, según la expresión fenomenológica, “las cosas se muestren por sí mismas”.

Holzapfel (2000) establece determinados momentos de la historia de la filosofía en los que ha sido posible dar cabida a un pensamiento sobre una ética negativa, los cuales se corresponden con pensadores tales como Marco Aurelio, Spinoza, Nietzsche y Heidegger; caracterizándose el primero por una suspensión *total* del juicio, el segundo por un retiro de las valoraciones –relegándolas al ser humano-, el tercero por una desvalorización (una “inversión” de los valores) y el cuarto por un pensamiento a-valórico. Me detendré muy brevemente en algunas ideas de Marco Aurelio, más afines al objetivo de estas páginas.

Así, en Marco Aurelio (2000)[1] encontramos, a muy grandes rasgos, los siguientes elementos centrales: la aplicación de la *a-diaphora*, resultante en la in-diferencia frente a las cosas en sí mismas (no son ellas mismas “buenas” o “malas”); indiferencia en términos de cómo valoramos los fenómenos, surgiendo como alternativa el que dichas cosas sean apreciadas en su ser, independientemente de las valoraciones que recaen sobre ellos (Holzapfel, 2000). De modo que esta actitud indiferente está asociada a una suspensión *total* del juicio. Resalto “total”, ya que la propuesta de la ética negativa de Holzapfel matiza dicha suspensión, entendiendo que las valoraciones son necesarias para la vida del ser humano y, además, el hecho de seleccionar un fenómeno sobre el cual suspender el juicio es ya una valoración; de ahí que bautice a su propuesta como una “*disposición* al retiro de las valoraciones”. Asimismo, se hace patente un *desapego* radical frente a las cosas del mundo, producto de la adiáfora y la suspensión del juicio, para la que el desapego es fundamental (y

[1] Para efectos de este escrito se ha considerado una edición diversa a la citada por Holzapfel en “Aventura Ética” (2000). Sin embargo, hay citas en donde me ha parecido más apropiado el sentido de la traducción de la edición utilizada el Prof. Holzapfel, por lo que he optado por utilizar esta última en aquellos casos, previo aviso al lector.

llega, de hecho, a ser radical; particularmente en el ejercicio de *des-ilusión* de las cosas). A la adiáfora, la suspensión del juicio y el desapego, Marco Aurelio (2000) suma su concepción del ser como un flujo universal continuo, incesante (se observa su relación con Heráclito), del cual todos formaríamos parte:

> "Subsistes ahora como una parte del universo- Te desvanecerás luego, resuelto en tu germen primitivo, o, más propiamente, te reasumirá, por transformación, aquella razón generatriz." (op. cit., IV, 14, p.55)

> "El tiempo es como un río o un raudo torrente que arrastra los acontecimientos. Apenas una cosa salta a la vista, es arrastrada; aparece otra a su vez, y es arrastrada con igual prontitud." (op. cit., IV, 43, p.62)

> "Todo lo material desaparece muy en breve en la sustancia común del universo; toda causa se reasume, en un momento, en la razón universal; la memoria de todas las cosas se sepulta prontamente en la eternidad." (op. cit., VII, 10, p.99)

> "Todas las cosas están encadenadas entre sí, y su conexión es tan sagrada, que ninguna, por así decirlo, es extraña respecto de la otra, pues todas han sido coordinadas y contribuyeron de consuno al buen orden del universo." (op. cit., VII, 10, p.99)

Como apunta Holzapfel (2000), esto no tiene un carácter puramente ontológico, si no también el de un llamamiento ético: es una invitación a fluir con las cosas, a hacerse uno con el continuo incesante.

Por su parte, la disposición a la adiáfora y al desapego del Emperador (2000), pueden observarse en sus siguientes afirmaciones:

> "Echa de ti esa opinión, y se suprimirá la queja: 'Se me ha infamado'. Suprime esta queja, y se suprimirá toda injuria." (op. cit., IV, 7, p.53)

> "Todo es efímero: el que sugiere un elogio, como el mismo objeto que lo inspira." (op. cit., IV, 35, p.61)

> "Abandónate de todo corazón a Cloto: déjala tejerte la vida con los acontecimientos que le placen." (op. cit., IV, 34, p.61)

Hemos sumariado, así, los principales elementos que colorean la particularidad de la postura de Marco Aurelio, a propósito de sus ideas como punto de partida para poder pensar una ética negativa. Pasemos ahora a revisar brevemente aquellos conceptos psicoanalíticos que nos son posibilitados de ser pensados de manera nueva, a la luz de las consideraciones filosóficas más arriba expuestas.

La técnica psicoanalítica: asociación libre y atención parejamente flotante.

Desde el psicoanálisis, tomaré esencialmente, como ya explicité, elementos técnicos, ya que nos permiten perfilar cuestiones éticas.

Freud, nunca muy cercano a la filosofía –no la contemporánea a él mismo, al menos- construyó un método de trabajo clínico particular, el cual sufrió varias modificaciones (hipnosis - técnica de la presión en la frente – asociación libre) a propósito de cómo su objeto de estudio se le iba *revelando*. Una de sus particularidades fue siempre el someter a prueba sus hipótesis, las que se construían sobre procedimientos terapéuticos que, a su vez, estaban siempre sujetos a modificación. Dentro de las consideraciones técnicas esculpidas

por Freud, hallamos dos que revisten particular importancia para nuestros efectos; se trata de la “asociación libre” y de la “atención parejamente flotante”. Partamos por referirnos brevemente a ellas.

La asociación libre se inscribe en la serie de cambios técnicos introducidos por Freud en su empeño por dar tratamiento a las afecciones psíquicas de las personas que frecuentaban su consultorio, y que le permitían dilucidar el suceder psíquico normal y patológico. Para entender esta noción, hay que precisar un par de cosas antes. Freud consideraba que el psicoanálisis debía formar parte de las Ciencias de la Naturaleza, y como tal, debía acogerse a los preceptos y principios epistemológicos de las Naturwissenschaften.

Muy tempranamente (1895) y hasta sus últimos escritos (1938), él sostuvo que había que comprender los fenómenos psíquicos como hechos naturales y, en tal sentido, como fuerzas actuantes, como puras cantidades energéticas fluyentes; siendo la dotación de cualidades a esos hechos y la individualización de los procesos una actividad propia del pensamiento consciente. A Freud, por tanto, le interesaba acceder a aquello que circulaba detrás de las representaciones conscientes, siempre fijas y estabilizantes, ya que, en conjunto con los mencionados principios epistemológicos, la clínica le enseñaba unos hechos diversos de los de la “estabilidad” e “inmovilidad” del pensamiento de la consciencia. Es a esto que llamó “inconsciente”, siendo una de sus características más notorias el que el pensamiento no respondiera a unas representaciones-meta (representaciones-fin, dependiendo de la traducción) conscientes, que lo orientaban e inmovilizaban. El fundador del psicoanálisis comprendió que había que concebir los procesos insconscientes –el “verdadero” pensamiento, para él- como una corriente de libre circulación, la cual se ve impedida por los requerimientos que el yo, a propósito de unos ciertos ideales, le imponía, y a la cual, además, no se podía agotar o aprehender mediante representaciones u observaciones del pensamiento corriente. En esta línea, a los hechos de la naturaleza, a las cosas mismas no se tiene acceso directo, y sólo es posible anoticiarse de aquellos mediante los fenómenos, que constituyen una presentación indirecta, mediata de las cosas (1938). Asimismo, lo propiamente psíquico, lo inconsciente, lo que constituye la particularidad del ser de un individuo, no se reduce a las representaciones comunes que tenemos de él, y mucho menos puede abarcarse por ellas.

Las modificaciones técnicas impuestas a Freud por la labor clínica, lo llevan a utilizar un método distinto de la hipnosis, que consistía en la conversación (la “talking cure”, como la bautizaría una de sus pacientes más emblemáticas). Fue a propósito de la observación de que los enfermos seguían unas ilaciones de pensamiento distintas de las que se suponía debían seguir durante el tratamiento, que Freud comenzó a entender que el discurrir psíquico respondía a, cuando menos, dos modalidades distintas, siendo una de ellas la movilidad extrema de los procesos de pensamiento o investidura psíquica (carga energética), los que optaban por aquellos “caminos” que les permitían el tránsito más despejado, siendo *indiferentes* las representaciones a que se fijaban los flujos energéticos del psiquismo (esa es una “preocupación” del *yo*). De este modo, comenzó a implementar lo que dio en llamar “la regla técnica fundamental” del psicoanálisis (1922):

“El tratamiento se inicia exhortando al paciente a que se ponga en la situación de un atento y desapasionado observador de sí mismo, a que espigue únicamente en la superficie de su consciencia y se obligue, por una parte, a la sinceridad más total, y por la otra, a no excluir de la comunicación ocurrencia

alguna, por más que: 1) la sienta asaz desagradable, 2) no pueda menos que juzgarla disparatada, 3) la considere demasiado nimia, o 4) piense que no viene al caso de lo que busca." (op. cit., p.234)

Esto es lo que llamamos, pues, "asociación libre", que supone la suspensión transitoria de las valoraciones que la consciencia puede hacer sobre tal o cual ilación de pensamiento.

Por otro lado, el desarrollo de este cambio en el papel que los pacientes juegan en el contexto clínico, supone también la transformación del actuar del analista. Porque, digamos, no tendría mucho sentido pedir al paciente que se abandone a sus pensamientos, aun frente a los más penosos o vergonzosos, y que el analista se mantuviera con la actitud regular. Esto sería, a todas luces, puesto que si bien el paciente ha contenido el afán juzgador que ejerce su influjo sobre las ideas que surgen, el analista continuaría seleccionando determinados contenidos del paciente a los cuales poner especial atención. De modo que es necesario implementar un cambio, como Freud (1912) nos dice:

"[La técnica] Desautoriza todo recurso auxiliar […], y consiste meramente en no querer fijarse {*merken*} en nada en particular y en prestar a todo cuanto uno escucha la misma <<atención parejamente flotante>> […]. De esta manera uno se ahorra […], y evita un peligro que es inseparable de todo fijarse deliberado. Y es este: tan pronto como uno tensa adrede su atención hasta cierto nivel, empieza a escoger el material ofrecido; uno fija {*fixieren*} un fragmento con particular relieve, elimina en cambio otro, y en esa selección obedece a sus propias expectativas o inclinaciones. Pero eso, justamente, es ilícito; si en la selección uno sigue sus expectativas, corre el riesgo de no hallar nunca más de lo que ya sabe; y si se entrega a sus inclinaciones, con toda seguridad falseará la percepción posible." (op. cit., p.111, 112)

Así como existe una regla fundamental para el paciente, para el analista la regla puede formularse como sigue:

"Uno debe alejar cualquier injerencia consciente sobre su capacidad de fijarse […]: uno debe *escuchar* y no hacer caso de si se fija en algo." (op. cit., p.112)[2]

La idea, así, es evitar pasar por alto algo del hecho clínico, sólo porque tiene mayor valor psíquico {Bedeutung – "significatividad"} para uno mismo, ya que, de incurrir en tal práctica, se anteponen los propios intereses y los fenómenos del paciente se eclipsan tras esos intereses.

Aproximaciones y contrastes.

Podemos ahora echar un vistazo a las posibles relaciones entre los planteamientos de una ética negativa, principalmente, a través de algunas ideas de uno de sus precursores, y los términos técnicos psicoanalíticos en cuestión.

De entrada, es evidente que existen diferencias fundamentales en la epistemología que sustenta lo que escriben uno y otro autor. Sin embargo, antes de marcar esas diferencias, nos parecería más provechoso poner de relieve algunos puntos de encuentro entre ambas posturas, ya que así podríamos cumplir con el objetivo de estas páginas, a saber, ensayar un sustento teórico desde la ética a ciertos aspectos de la práctica clínica psicoanalítica, campo que es el propio de mi quehacer. No es que otros autores no hayan intentado hacerlo; de hecho, otros analistas como Wilfred Bion o Jaques Lacan (sin ir más

[2] El subrayado es mío.

lejos, el Libro 7 de su “Seminario” anual lleva por título “La ética del psicoanálisis”) han emprendido esta labor con mayor o menor éxito, desde corrientes teóricas disímiles. Philipe Julien (2002) expone lo que Lacan considera como los tres niveles de la ética individual en la obra freudiana: el primero, asociado a la ética aristotélica del Bien Supremo y los desarrollos del concepto de “principio del placer”, en el cual se opera la búsqueda de la medida justa de satisfacción, manteniendo una distancia siempre “prudente” con el objeto del deseo; el segundo, relacionado a la ética kantiana y el desarrollo del concepto de “superyó”, en donde hallamos la presencia de una Ley Moral absoluta y no-dialéctica, con la cual el individuo no puede establecer diálogo y sólo le resta someterse, en tanto ley de goce; el tercero, una ley llamada “del deseo”, en cuanto su máxima es que el sujeto no ceda ante su deseo, y donde la culpa proviene, justamente, cuando se retrocede ante el propio Wunsch (se entiende, evidentemente, que esto no tiene nada que ver con un hedonismo, si no con la posibilidad de formular un deseo propio, y cuya característica es su mantenimiento y la posibilidad de sostenerlo en nombre propio, más allá de su satisfacción). A su vez, es posible, con Lacan (2007), hablar de una ética del analista, que supone, en concordancia con lo que hemos estado revisando, que el analista posee también un deseo, pero que se caracteriza, precisamente, por no estar situado en nada en particular con respecto al paciente, más que no sea desear que el paciente pueda seguir deseando. Diré un par de palabras sobre esto una líneas más adelante.

Por lo pronto, hay ciertos puntos de encuentro, o cuando menos, de analogía. Pensemos en la idea del flujo constante de Marco Aurelio, al cual todos y cada uno de nosotros pertenecería. Recordemos que para Freud el psiquismo debe ser entendido desde el punto de vista de las Naturwissenschaften y, por lo mismo, como un continuo energético, sin cualidades particulares, y cuyos atributos y divisiones-finitudes están dadas no por su composición íntima, si no por nuestras valoraciones al respecto de ella; ello no quiere decir que piense a la mente como un objeto natural, sino que se aproxima a su ser como lo haría con una cosa del mundo, a saber, suponiendo la imposibilidad de comprenderla en representaciones, como algo que es independientemente de nuestras ideas sobre ella.

Otro punto de empalme, es aquel que se refiere a la fijación a ciertas valoraciones que hacemos del mundo. En efecto, para Freud, uno de los motivos de la neurosis tiene que ver con el hecho de que el enfermo se ha fijado, como “pegado” a la investidura, a la consideración que ha tenido por un objeto, lo que detiene el libre fluir del continuo y lo estanca, generando el malestar y la enfermedad. Así, una tarea central del psicoanálisis es desmantelar la estasis libidinal, que mantiene al individuo fijado a uno de sus objetos, porque no ha podido cambiar su valoración sobre aquel; notamos aquí que la libertad queda en entredicho. Diríamos, falta cierta *ritmicidad intermanantiales*, para apelar al decir del propio Prof. Holzapfel (2000). Pero, además, hemos observado, el psicoanálisis mismo opera, de un lado y de otro, mediante el uso de una cierta disposición al retiro de las valoraciones sobre los contenidos y las caras del ser que en ese contexto van revelándose.

Pero, otra forma de sufrimiento y de trabajo al que el psicoanálisis se expone, tiene que ver con aquellas valoraciones (externas o autoformadas) que se han fijado sobre el devenir del propio ser de un enfermo, además de las ya mencionadas fijaciones a objetos por parte de aquél. Trataré de explicarme: podríamos plantear, no sin fundamentos, que una de las metas del psicoanálisis tiene que ver con el sufrimiento moral de las personas que acuden a él. Ello no quiere decir que el análisis consista en un tratamiento moral. A lo que

apunto es que, uno de los cambios que introduce la segunda tópica freudiana (yo – ello – superyó) es que se amplían las metas de la labor analítica; si en un principio, la idea fue –en términos un tanto bruscos- hacer consciente lo inconsciente (que no es "agotar" lo inconsciente), diríamos que, ahora, se suma el hecho de que una tarea no menos importante es poder desmantelar aquellas construcciones morales adquiridas muy tempranamente (tanto individual como socialmente), que dan cuerpo a la instancia moral: el superyó. El superyó es esencialmente mortífero, por cuanto la ley moral que obliga a cumplir es una ley sin sentido, al modo de un mandato o imperativo infundado, que ejerce sus influjos coactivos de modo no razonado ni volitivo, y en buena medida en el registro inconsciente. Baste pensar el análisis que hace en "El malestar en la cultura" (1930), acerca de que a mayor eticidad logra una civilización determinada, mayor malestar se genera en los individuos que la componen (evidentemente, no plantea como "solución" la abolición de todo orden moral), dado que la instancia castigadora se vuelve aún más feroz sobre la propia persona, levantando exigencias cada vez más difíciles de cumplir.

Por ello resulta particularmente ilustrativa la cita de Marco Aurelio, en el Libro IV, n39 de sus "Meditaciones" (1977; en Holzapfel, 2000):

> "No consiste tu mal en un guía interior ajeno ni tampoco en una variación o alteración de lo que te circunda. ¿En qué, pues? En *aquello en ti* que opina sobre los males. Por tanto, que no opine esa parte y todo va bien." (op. cit., p.57)[3]

Hablé anteriormente del "deseo del analista", expuesto por Lacan –retomo esa ilación a propósito de lo que venimos tratando-. Lo que recién veníamos revisando nos lleva a pensar en la famosa "neutralidad" del analista, tan mal comprendida a lo largo de los años. Lo que Freud formula con un concepto tal, no tiene que ver con la imagen de un psicoanalista que se viste todos los días igual, inhumanizado y de trato lejano, si no antes bien, se relaciona con que el analista, en su función de analista –valga la redundancia- no debe intervenir sobre el deseo del analizando. Es decir, "desear el bien" al paciente, lejos de asegurar una praxis respetuosa de su singularidad, es imponerle a aquél aquello que yo, en tanto analista, considero como lo más adecuado para él. Esto es un dilema moral, porque, después de todo, ¿no es el psicoanálisis una terapéutica? En cierto sentido, lo es; pero esa es una posición peligrosa, o cuando menos delicada, ya que "hacer el bien" al paciente es meramente trocar unos valores particulares por otros. Recordemos que Freud fue claro y enfático en afirmar que el psicoanálisis no se trata de una "educación" de las personas. Pretender "enseñar" lo correcto a nuestros pacientes, supone trocar determinados mandamientos éticos por otros, por lo que no se llega a nada más que al reemplazo de un tirano por otro. Se me viene a la mente una extensa nota al pie, de la sección V ("Los vasallajes del yo") de "El yo y el ello" (1923), muy iluminadora al respecto: mientras habla del "sentimiento de culpa inconsciente" y las trabas que este impone a la cura analíticas, comenta lo inconveniente que resulta para vencerlo el que el analista ceda a la tentación de ocupar el lugar del "ideal del yo" del enfermo, desempeñando el papel de profeta, salvador de almas o redentor; y dice:

> "Puesto que las reglas del análisis desechan de manera terminante semejante uso de la personalidad médica, es honesto admitir que aquí tropezamos con una nueva barrera para el efecto del análisis, que no está

[3] El subrayado es mío. He optado por tomar la traducción incluida en el libro del Prof. Holzapfel, dado el énfasis que en ella tiene el "aquello que hay en ti", que capta mejor, a mi modo de ver, la sutileza del sentido de la frase, con respecto a esa cierta ajenidad, una cuota de extranjeridad de "eso" que opina al interior de cada uno.

destinado a imposibilitar las reacciones patológicas, [aquí viene lo central] sino a procurar al yo del enfermo la *libertad* de decidir en un sentido o en otro." (op. cit., p.51)[4]

Sobre lo anterior toma toda su fuerza el recurso técnico de la atención parejamente flotante: de no contarse con esta recomendación, muy probablemente terminaríamos haciendo hablar al paciente lo que nosotros querríamos que nos dijera. Es evidente, entonces, la necesidad de contemplar los postulados de la ética negativa, en la medida de que ella nos pone alerta, y nos ejercita en el sentido de *respetar* la particularidad del paciente que tenemos enfrente. Digamos, es una suerte de *cuidado del otro*, si se quiere, por cuanto nos previene de ese automatismo *demasiado humano* de aplicar valoraciones a las cosas, al ser de las cosas. Pero ello va acompañado de lo que con la fenomenología llamaríamos una actitud fenomenológica, en donde el ser pueda mostrarse, revelarse, y ocultarse, en donde el paciente pueda aparecer limpiamente e, igualmente, mantener cierta *opacidad* y resguardarse de ser completamente "sabido" por nosotros. He ahí la importancia de no fijar la atención en nada particular de lo que un paciente pudiera hablarnos, dado que corremos el riesgo de "ir a la caza" de aquello que nos cautiva, y preocuparse por *escuchar* lo que el ser puede decir en boca del otro

Demás está decir que, aunque nos hemos centrado prioritariamente en ideas de Marco Aurelio, compartimos con Holzapfel la idea de una "disposición al retiro de las valoraciones", tanto por parte del analista como del analizando, antes que un retiro *total* de aquellas. Por mucho que se trate de asociar libremente, en última instancia, siempre habrá representaciones-meta de alguna clase gobernando el decurso de los procesos anímicos, así sea por el sólo hecho de someterse a la regla fundamental; y, por mucho que se pretenda disponer de una atención parejamente flotante, nuestros intereses y juicios nos harán detenernos en tales o cuales trazos discursivos. Tener esto claro, es ya un avance.

Para cerrar, retomaríamos el "llega a ser el que eres", de Píndaro (en Holzapfel, 2000), para hacer la analogía con el tan comentado "Wo es war, soll ich werden", que pronunciara Freud hacia el final de la 31ª, de sus Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, y que nos da la cabida para pensar en la posibilidad del ser, en una dimensión auténtica. Donde eso era, yo debo advenir. Se perfila aquí, como bien vemos, aquella dimensión que involucra al *fatum* –lo está desde el momento mismo en que se usa el mito edípico y se evoca su encuentro con la Esfinge-, que tensiona la dimensión de la ataraxia, en cuanto "lo que se es", no se constituye sino una vez que ya se ha llegado. Recordamos aquí la idea del hombre como proyección ilimitable, donde, en palabras de Holzapfel (2000), su ser es un "poder-ser", que está siempre "haciendo"; situándose, como en la última cita de Freud, la libertad del ser en un lugar primordial. Surge, pues, el destino como aquello a lo que se podría abrazar… o no.

[4] Los comentarios entre corchetes son míos. El subrayado es del original.

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S. (1912): *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1923 [1922]): *Dos artículos de enciclopedia: <<Psicoanálisis>> y <<Teoría de la libido>>* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1923): *El yo y el ello* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1930): *El malestar en la cultura* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1933 [1932]): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. <<La descomposición de la personalidad psíquica>>* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1940 [1938]): *Esquema del psicoanálisis* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1950 [1895]): *Proyecto de psicología* (2007). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

Holzapfel, C. (2000): *Aventura ética. Hacia una ética originaria*. Santiago: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Julien, Ph. (2002): *Psicosis, perversión, neurosis*. La lectura de Jaques Lacan. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (2007): *El Seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Marco Aurelio (2000). *Meditaciones*, Trad. Miguel Dolc. Barcelona: Debate

- (1977) *Meditaciones*, Trad. Ramón Bach Pellicer. Madrid: Gredos. En **Holzapfel, C.** (2000): *Aventura ética. Hacia una ética originaria*. Santiago: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.